

A CELIPE LE CAE EL GORDO

(Apuros de un baturro millonario)



15
cts

COLECCION
DE
CUENTOS
BATUKROS

!! El colmo de la risa !!

¡A Celipe li cai el gordo!

(Apuros de un baturro millonario)

I

—A animal no mi gana naide. D'algo tié que servir l'asperiencia que adquiere uno a juerza e trebajar.

Celipe solía afirmar muchas veces lo apuntado, al igual que otras máximas que hobían sido siempre su lema, aunque arregladas a su gusto y manera.

Era el baturro en cuestión un maño de los más farruocos de Sacasillas, un pueblo que brotó como las setas en donde le dió la gana y que a fuerza de matremonios y líos amorosos había aumentado progresivamente de población, puesto que sus vecinos demostraban mucha afición al trabajo y lo proio que de cosechas abundantes poblaban de críos aquel país de bendición.

El pueblo había sido empezado por una familia que

se plantó en aquel lugar y de padres a hijos fué aumentando hasta convertirse en aldea y luego en un importante caserío, si se quiere aplicar el calificativo de importante a una población de unas treinta casas a lo sumo, con sus correspondientes corrales para los cochinos de los vecinos.

Celipe había permanecido soltero a pesar de güer-



Decía en tocante a mujeres...

fano, ya que según él, nunca le había tirao la mujer porque no se fiaba ni de su misma sombra, porque afirmaba que la tenía muy mala.

Decía en tocante a mujeres el baturro:

—Las mujeres son güena pa el deablo. Mujer hermosa, o demiente o preasuntuosa. Maña que habla latín, nunca tendrá un güen fin. La mujer sus ríe cuanti puede y hace pucheros cuanti quiere. La mujer del ascudero, gran bolsa y poco dinero. La mujer honrada, la pata quebrada y encerradica en casa pa que no le dé un catarro.

Era excepcional el baturro del cuento, puesto que a

pesar de que a veces en según qué cuestiones, daba pruebas de un ingenio maravilloso, en otras resultaba más bruto que un recaudador de contribuciones.

Acostumbrado a la vida rutinaria de casa al campo y del campo a casa para torcer algo el camino y pasar por la bodega del tío Bullanga, en donde se reunía con varios vecinos del pueblo para cartearse un rato al tute o a la brisca, Celipe no había dado un paso fuera de su pueblo y no sabía lo que era Zaragoza ni el Pilar ni el Ebro, ni nada de notable de lo que comentaban muchos de sus vecinos. No había ma-



Los que hacían en la taquilla...

nera de conseguir que saliera del pueblo y sus alrededores.

Celipe era terco como un baturro y era de los que no creen que el mundo sea redondo.

Llegó un día en que se hizo sus reflexiones el bruto de Celipe y comprendió que sin ver Zaragoza no había de morir porque era cosa de tontos el empeñarse en no conocer el mundo por juera.

Y sin decir nada a nadie ni avisar a los vecinos, cerró la puerta de su casa y a pata se dirigió a un pueblo vecino por el que pasaba el carril y tomó un billete en la estación para Zaragoza.

En la taquilla estuvo una hora regateando para que le rebajasen el pasaje.

—¿Cuánti va a llevame dende aquí a la zudiá?

—Cinco pesetas cincuenta.

—¡Caa! Lo mesmo que le melicina que m'apañao el boticario pa curame el sarrampión. Ande, hombre, y quíteme cuatro riales.

—No se puede quitar nada. Es el precio del billete.

—¡Anda que no! Quíteme usted algo y le prometo que si m'agrada Zaragoza hi de golver una vez al año y va a ganase güen recau de perricas el carrilero.

—¡Eh! ¡Acabe de una vez, tío gaña!

Los que hacían cola en la taquilla empezaban a protestar.

—Acabe usted pronto o deje libre la ventanilla para los que están detrás de usted.

—M'aparto pero si les hace a ellos rebaja también tie que hacemela a mí.

—Un billete para Fregenal.

—Tres pesetas.

—¡Coña! Habrá tío más fresco que usted—dijo Celipe adelantándose y metiendo la cabeza en la ventanilla—. ¡Con que a mi cinco pesetas y dos riales y a ese le lleva tres!

—El señor va a Fregenal y usted a Zaragoza que está más lejos.

—Amos, póngamele en tres pseticas como él. No sea usted roñoso.

En eso llegaba el tren y se le oía silbar.

—Acabe pronto que he de cerrar la ventanilla y el tren ya llega.

—Rediela. Hi de acordame de esa para hírselo al alcalde en cuanti güelva. Tío ladrón.

Y el baturro subió al tren que ya iba a marcharse, sentándose en donde mejor pudo.

Junto a él iba un caballero leyendo el periódico y el baturro se puso en la ventanilla para contemplar el paisaje, tapándole la luz al señor, con el cuerpo.

—¿Oiga usted, buen hombre, puede hacer el favor de sentarse que no me deja lier?

—¡Otra qui Dios! ¿Qué falta l'hace a usted que yo me siente pa deletriar lo que hice ese papelucho?

—Es que no me deja ver porque tapa la luz.

Apenas acababa de decir el caballero estas palabras cuando se quedaron a oscuras. Habían entrado en un tunel algo largo y la luz estaba apagada en el vagón.

—¡Reviguela! ¿No hicía usted que mi alpartase? Pus lo que es aura si no saca el cristalico negro que han puesto al ventano tendrá que agarrarse a un candil.

—Es que estamos dentro de un tunel.

—¡Qué tío bolisero! Me voy a tragar yo que el tren s'ha metió dentro un tonel. Pa ver cosas güenas hay que salir pala zudiá.

Tras una hora de viaje llegaron a Zaragoza.

—¡Zaragoza!

—¡Rediez! ¿Ya himos llegau?

—En Zaragoza estamos.

—¿Pus no m'habían dicho que Zaragoza estaba a doce leguas? Si llevo a sabelo me vengo a pie.

Llegar el baturro a Zaragoza y quedarse con una boca más grande que una plaza de toros, fué casi lo mismo.

—¡Contra, que pueblo más grande! D'ande habrá salío tanta gente. Si paice el fin del mundo.

Y queriendo ver el Pilar antes que nada llamó a



—¡Oiga, güen hombre!

uno que pasaba cerca de él para preguntárselo.

—¡Oiga! güen hombre. ¿Sabrá hicirme ande cae el Pilar?

—¡Otra qui Dios! Eso lo sabe el más burro.

—¡Toma! Por eso se lo hi preguntau a usted.

—Pus véngase con mí, que allá voy yo tamién.

Los dos baturros se fueron juntos y en la mitad del camino vieron a un pobre ciego que pedía limosna. El compañero de Celipe que por lo visto tenía buen corazón le dió una perrica al ciego mientras Celipe le preguntaba:

—¡Probesico! Güena lástima que tenga que pedir limosna. ¿Y tiene usted hijos?

—Sí, señor?

—¿Cuántos?

—Ande hombre. ¿Cómo quié usted que lo sepa el probé si es ciego y no pué velos?

Visitaron el Pilar los baturros y se hicieron ami-



...fué a casa de un dentista...

gos, cuando al salir el amigo de Celipe que era más conocedor de la ciudad que aquél se detuvo ante una administración de lotería.

—Aguarde usted que yo voy a comprame un billetico para el sorteo.

—¿Un billetico? ¿Y qué clase de guiso es ese?

—Un papelico que hay un número y que te tocan aluego ineros.

Celipe era avariciosa y al oír hablar de dineros y decirle su amigo que a uno de su pueblo le había caído un premio la mar de grande, se compró un bille-

te entero dispuesto a dormir al raso en la ciudad y a comer poco y a regresar a pie a su pueblo porque se figuraba de que estaba más cerca de lo que creyera en principio.

Al segundo día de estar en Zaragoza le dió al baturro un dolor de muelas tan grande que le parecía que había de rajársele la caeza.

Con una mejilla como una zambomba, después de pasarse la noche gesticulando, se fué a casa de un dentista para que se la arrancase.

El dentista, con unos chismecicos se la sacó enseñada y vino el momento de pagar.

—¿Cuánto vale por sacarme la muela?

—Cinco pesetas.

—¡Rediez! ¡Ni que me hubía sacau media docena! Ha trebajan usté mu poco. Mire a ver si s'ha equivocau porque en mi pueblo el barbero por dos riales trabaja más. Una vez me hizo que mi echara al suelo pa sacame una muela, me clavó el gancho y tan agarrá estaba la endina, que me sacó a rastras a la calle tirando toa la familia.

Pero el baturro tuvo que dar las cinco pesetas quieras que no y se fué de Zaragoza esgustau porque l'habían sacau los ineros.

Regresó a patá a su pueblo pero llegó hecho una ástima y con los pies como globos, prometiendo no volver a lo zudiá que no fuese en carril pagando las cinco pesetas y dos riales que le llevó el del ventanillo.

II

Apenas llegó a la ciudad y fué a la taberna del tío Bullanga empezó a echar bolas a sus vecinos, hablando de lo que había visto en Zaragoza.

—Anda que majas van las mañas en Zaragoza. Si paicen toas bailarinas. Hi visto a unas tías que iban con los morros pentaos. ¡Rediela!

—¡Y el Pilar! ¿La has visto?

—Claro que l'hi visto. Tendría que ser burriciego pa no velo. Como que es más alto que el cielo y me dijo un baturro de Castamocho que pa subise al campanario tié que hacelo con dos días de anticipación al que an de dale a las campanas.

—¡Coño! Pues eso no es ná. Hicen que en América hay unos rascacelos que no se afegura ande rematan y que los gueroplanos tién que dar la güelta pa no tropezar con ellos.

—Naide ha visto lo que hi visto yo. Yo hi corrío por un país en que la gente mi alcanzaba a la rodilla y pur otro en que yo solo les llegaba a los calzones.

—Pues yo estuve en la boca del agujero en que sale el aire pa tóo el mundo.

Celipe que estaba constipado y acatarrado como nunca, miró al baturro que acababa de hablar y por

poco le suelta una torta como para desmontarle el esqueleto.

—Serás bestia. ¡Y por qué no lo tapaste, rediós!

La tertulia de la taberna terminó algo entrada la hora. Celipe no estaba muy cristiano. Se encontraba algo malo, pero él no era hombre de los que se metieran en cama por poca cosa.

Pasó como pudo con emplastos y melecinas que le preparaba el boticario y un día al entrar en la botica encontró al señor Colás, que así se llamaba el farmacéutico de Sacasillas, el cual se hallaba tras el mostrador leyendo un periódico con un décimo de la lotería en la mano.

—¡Rediela! ¿Ande s'ha encontrau usté ese papelico?

—Me lo trajo un pariente mío que estuvo en el pueblo.

—¡Anda! Pus yo tengo diez de igulicos a ese que me los merqué en Zaragoza pur que icen que se sacan inères con ellos.

—¿Y qué número tiene?

—Pus, aguarde que no mi acuerdo. Me paice que son tres unos o un dos. No mi acuerdo. Sais números son porque los he contau.

—Pues vete a casa a buscar el billete y tráelo, que vamos a ver si sacaste.

—¡Ca! Si lo traigo en la faja pa que no me se pierda..

Y Celipe sacó el billete de la lotería que puso ante las narices del boticario.

Aquel era algo corto de vista y miró el número de cerca.

—¡Zambomba!

—¿Qué hice usté?

El boticario no contestaba. Buscó lo luz, calóse los lentes y volvió a mirar el billete de Celipe.

—Sí. No hay duda. El mismo es.

—Que ha de ser el mismo que el de usted, si en el mío hay diez numericos y usté sólo tié uno.

—Celipe de mi alma. No te mueras del susto.

—¡Anda! Pa que hi de morime...

—Ay Celipe. ¡Has sacau el gordo!



...el boticario se le ofreció para acompañarle...

—Yo no he sacau ná porque dende ayer que ya no tengo gomitos.

—Te digo que ti has hecho rico.

—¿Rico?... ¿Está usté güeno, señor boicario?

—Que sí. Que sacaste el premio gordo entero y que...

En efecto. Celipe había sacado el gordo y acababa de convertirse en potentado de golpe y porrazo.

Celipe no sabía como apañarlo para cobrar y el boticario se le ofreció para acompañarle a la ciudad sa-

liendo ambos en el carril no sin haber discutido Celipe en la ventanilla porque para dos quería que le hiciesen rebaja.

Cobraron los dineros contantes y sonantes tras unos días de espera y Celipe, convertido en un capitalista, regresó a su pueblo.

En comisión fueron a verle los vecinos y el alcalde y se le tributó una ovación.

—¡Celipe! Yo... el alcalde de Sacasillas. La primera atrocidad, ¡digo! autoridad del pueblo, quiero recordarte que tus vecinos, aunque brutos son muy buenas gentes. Piensa que a los hombres ricos les cuesta muy poco llegar a elustres, y que en el pueblo no tenemos hospital, cloacas, retretes ni teatros. Piensa que en Cascamoños, el pueblo vecino, al señor diputado li han hecho un monumento llamándole hijo dotivo, porque les puso un matadero que ni el Paraíso celestial. Alcuérdate de que en la plaza de la iglesia estaría muy bien un monumento arrematau con una afegura de tú, hecho en busto y montau a caballo, como el de Prim y que tíapañaríamos un pantión en el cementerio que sólo al vele te entrarían ganas de dar las buquiás antes de tiempo. Y para arrematar el curso pido en nombre del municipio de Sacasillas un aplauso para el hombre elustre que ha sabido apañarse pa sacar el premio gordo e la lotería. ¡Viva Celipe!

—¡Vivaaaa!

—¡Que eche perricas!

Celipe tiró unos puñados de calderilla a los que se arrojaron los chiquillos como furias cambiando cada puñetazo que hacía temblar la tierra.

El baturro potentado quiso apañar su casa lo más ricamente posible.

Tomó a varios maños del pueblo a su servicio vistiéndoles de librea para que le sirviesen en la mesa. Uno de ellos, con traje de gala, les daba de comer a los cerdos, los cuales aparecían todos con sendos lazos de cinta en colorainas y para evitar el mal olor, no quitaban la porquería pero cada vez vaciaban un barril de colonia en la pocilga.

Celipe para llegar al cobmo de la ostentación hizo apañar una cama para el burro en el establo y como había aprendido a comer decentemente les daba orden de que le pusiesen al animal una gran srvilleta para arrimarse a lo comedera.

Celipe quiso poner su casa en todas las condiciones de comodidad.

Hizo colocar una campana sobre el portal, mayor que la del campanario del pueblo y con una cuerda llamaban los que iban a visitarle saliendo o abrirles el mayordomo, al cual, debían de dar la tarjeta y si no la tenían, escribible el nombre en un papel de manera que no era raro leer nombres como Caspasio "El Caguetas", Liborio Morrojuerte... etc.

En el dormitorio había un orinal con asa de plata, botellas de esencias caras, betún para los botines y una máquina de esquilar, sobre el tocador.

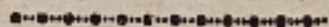
En el comedor había una silla pequeña para el perro, que comía en la mesa con Celipe, y el maño para comer se ponía guantes, según él "pa no tocar los alimentos con las manos".

Mandó construir un gran excusado público a la salida del pueblo e nel que había un gran retrete con doce agujeros en el que podían sentarse una docena

a un tiempo para librar sus intestinos de pena.

En la pared, con un marco de ro y una corona de laurel se había colgado un retrato del baturro, fundador del excusado público de Sacasillas, pintado al óleo y con pintura de la más cvara, por un pintor que pasó por el pueblo.

La cosa no acabó muy bien para Celipe. Un día que estuvo en la ciudad le hicieron el timo de las misas unos vivos y le quitaron cuánto llevaba. Del disgusto le dió un berrinche, se le puso mal lo que había comido en un gran banquete y murió dejando todos sus dineros al pueblo para que se fundara un gran hospital para todos los vecinos y los animales que esuviesen enfermos, con salas para cerdos y burros.



CHISTES BATURROS

PETICION DE MANO

- Dios le guarde a usted, tío Gusarapo.
 —¿Ande bueno, Pascualico?
 —Vengo a vele, por si tiene un ratico esocupau.
 —¿Quiés jugate una partía de guiñote?
 —No es por ahí, tío Gusarapo.
 —Pues tú dirás qué tripica te si ha rompido.
 —Nenguna; lo que quió saber es con qué tripicas recibirá usted mi petición.
 —Amos, charra ya lo que tengas que icirme, sin cercunlogios ni presodia.
 —A eso hi vinío. Ya sabrá usted que tié una hija...
 —¡Rediez, paice que estés de groma! Mejor lo sé que tú, porque la ayudé yo con una cuerda a que saliera al mundo.
 —Quió icir que tié usted una hija que vale más que un par de mulas.
 —¿Quién, mi pardala? Te has quedau corto mañico; vale mucho más.
 —Pus, bueno, yo vengo a pedísela para matrimoniarse con ella.

—Hombre, eso así de supitón...

—Tío Gusarapo, usté ya me conoce y conoce a mi padre...

—Masiau lo conocemos tóos; cuando hay sequía u viene enundación y nos queamos sin agua ya sabe prestar al noventa por ciento.

—Eso preba que no es un probe.

—Pero que hará muchos si el cielo se empeña en fastidiarnos. En fin, tú paice que no eres su hijo.

—¡Rediez, no diga usté eso!

—Perdona; quise icir que no lo paices por tus acciones y comportaciones.

—Ca uno es ca uno.

—Y me feguro que eres un hombre.

—Si quié usté convencerse...

—Eso se lo cuentas a la pardala.

—Vamos a mi vesita.

—Ya himos llegau. ¿Tú la quieres con buen fin?

—¡Otra! Con el mejor fin del mundo.

—¿Y ella te aceta?

—Eso sí que no lo sé.

—¡Rediez! ¿Pus no lo has consultao?

—No, señor.

—¡Está buena la juada! Pero, ¿ella te quiere?

—Tampoco lo sé.

—¡Maño! ¿Quiés explicate?

—Pero si no hace falta explicación! ¿No ve usté que hasta ahora no le hi dicho esta boca es mía?

EDITORIAL "EL GATO NEGRO"
Mora de Ebro, 141.—Vallecarca
BARCELONA

T. 827890

R. 139399

CB. 3619558

FJOTA.F-157